

tico, que recrea dicho mundo con admirable precisión y, a la vez, sitúa esa evocación en un alvéolo cálido que suma ironía y un irreprimible amor; y como todo amor, capaz de comprender, de sonreír y de perdonar...

Distribución narrativa

La novela está dividida en dos partes: «I. Boquitas pintadas de rojo carmesí»; y II. «Boquitas azules, violáceas y negras». A cada una corresponden ocho «entregas» tituladas según su orden, desde «Primera entrega» hasta la «Decimosexta entrega», que es la última entrega. Cada entrega tiene tamaño variable, pero oscilan entre diecinueve y once páginas, lo que prueba que ha habido una voluntad constructiva cuidada, que ha puesto atención aún en la extensión de cada capítulo. Cada entrega tiene un acápite formado por un fragmento de la letra de un tango (Rubinstein, Le Pera), excepto la Décimoquinta, que lleva como acápite un trozo de bolero de Agustín Lara («Azul, como una oreja de mujer, como un girón azul, azul de atardecer»).

La novela se abre con la noticia de la muerte de Juan Carlos Etchepare, y se cierra con la desaparición de las cartas de amor que Nené, la amante de Juan Carlos, guardaba de este último y solicitó a su marido que fueran cremadas después de la muerte de ella. La sorpresa, la ocultación del final de la historia, está excluida. El lector sabe desde el comienzo cuál ha sido el destino del hombre al que varias mujeres han querido. Pero esto no supone que en el desarrollo de la novela sea imposible encontrar momentos de verdadero suspenso. Lo que ocurre es que también aquí la obra trata de convertir en dignos de saberse hechos de la vida de Juan (y de sus enamoradas) que debieron de ser, que son, los que interesarían a un público idéntico al de Coronel Vallejos. A ellos, como a los posibles lectores de la novela, les habrían gustado más los aspectos escabrosos y policiales de la relación, que otros puramente existenciales. O sea: saber con quién se acostó y con quién no se acostó Juan Carlos resulta realmente atractivo para este público de medio pelo pueblerino; y ese público es al que están dirigidos los relatos de la novela. No a otro... Prueba de que nos parecemos bastante a ese público.

Esta existencia de una especie de justicia inmanente distributiva y sabia, es una nota del folletín, así como el premiar a los humildes y menos poderosos... que son los únicos que consiguen la felicidad, de la que están excluidos los a primera vista más poderosos o ricos. En otras palabras: la riqueza y la altura social no garantizan la felicidad, idea romántica que sigue aquí funcionando.

Punto de vista

Lo primero que llama la atención en este aspecto, es la mínima aparición de un sistema de tercera persona, o de un narrador omnisciente. Lo hay, y podríamos seña-

lar momentos en que éste aparece, pero casi siempre el sistema es el de la formación indirecta para llevar al lector datos concretos sobre el desarrollo de la acción. El lector es más «informado» o «narrado» sobre los sucesos que convertido en espectador de la acción. Pocas veces presencia los hechos, o éstos le son presentados por el autor. No hay casi ejemplos de escenas o situaciones que ocurren, dramáticamente, ante los ojos del lector. Puig parece haber preferido más «narrar» que «mostrar» (más *telling* que *showing*; o, en el vocabulario de Genette, más *diégesis* que *mimesis*).

La primera entrega está constituida por un fragmento de una revista de Coronel Vallejos donde apareció una nota necrológica que narraba la desaparición de Juan Carlos. Después sigue una serie de cartas que Nené dirigió a doña Leonor, la madre de Juan Carlos, tratando de rescatar las cartas de amor que Juan Carlos había mandado a ella... Ya aquí se adelanta una nota constante en toda la obra: la ocultación, la mentira, como distintiva de toda una sociedad hipócrita, que obliga a todos y cada uno de sus miembros a ocultar sus sentimientos, motivaciones, actitudes.

Ya en la nota necrológica y más aún en las cartas de Nené, se hace presente una disimulada forma de la ocultación: jamás le dice de modo claro a doña Leonor por qué quiere rescatar esas cartas... La nota necrológica oculta, bajo una suma de elogios convencionales, las mentiras, piadosas o no, sobre quién era Juan Carlos (un nene de mamá que jamás trabajó ni hizo nada de útil en su vida...). Escribir que poseía «ponderables valores» es una forma de elogio falso e inútil.

Cuando Nené envía su primera carta a doña Leonor, la carta se abre con muy conscientes referencias a su dolor; le envía su pésame a doña Leonor; después le dice quién es y le aclara que «aunque Usted y su hija Celina me habían quitado el saludo» le expresa su dolor y le pide «Aunque no me quiera déjeme rezar junto a Usted». En la segunda carta vemos que la madre le ha pedido a Nené que le escriba a una casilla de correos (otra vez la ocultación), para evitar las críticas de la hija, que odia a Nené, y le echa la culpa de la muerte de su hermano. Pero nos enteramos de esto a través de la segunda carta de Nené, porque las de la madre no aparecen. En este caso (como ocurre después con ciertas formas del diálogo, en el que sólo se transcriben las palabras de uno de los interlocutores), el lector deberá imaginar cuáles fueron las palabras del hablante silenciado; aquí ocurre eso con las cartas de uno de los personajes: debemos suponer su contenido por lo que dice el otro.

Obsérvese cómo ya aquí nos encontramos con uno de los métodos narrativos más reiterados de esta novela: el de entregar informaciones indirectas al lector que a través de ellas deberá ir componiendo el dibujo narrativo de la obra. Un sistema siempre indirecto, en el que a través de un intermediario, recibimos una suma de informaciones jamás totalmente completas y es a través de ellas que debemos ir ordenando los acontecimientos. Y deduciendo su sentido (orden de los hechos, psicología de los personajes, actitudes, reacciones, valoraciones, temporalidad).

En la tercera carta insiste otra vez Nené sobre la religión; quiere, evidentemente, presentar a la madre una imagen suya como persona respetuosa de la religión, creyente, que amó siempre profundamente a Juan Carlos, temerosa de Dios y de sus designios. En la tercera carta le dice que «sería un consuelo volver a leer las cartas que me escribió Juan Carlos» (página 13). Ella quiere tenerlas y leerlas...

Es a través de las cartas por las que retrocedemos en el tiempo y se nos narra la historia de Nené, y de cómo conoció a Juan Carlos y a su hermana Celina. También nos muestra Nené cómo piensa de sí y de su familia (su esposo e hijos), y cómo arroja a la basura una de las cartas y en la siguiente, dice exactamente lo contrario de lo que ella en verdad piensa: disimulo y mentira. (Cfr. cartas del 25 de julio y la siguiente del 12 de agosto, páginas 26 y 31). Además cambia el tono y de comprensiva, buena, amable, pasa a ser agresiva y denigrante (página 31 y 32).

La tercera entrega está dedicada a describir un álbum de fotografías. Se indica qué textos hay en cada página y así sabemos que es un álbum que perteneció a Juan Carlos. No leemos el álbum; lo leemos a través de un narrador que lo lee —e indirectamente, a través de su mirada— nosotros recibimos esa información. Y cuando el narrador ve una fotografía, ésta es descripta en palabras (ejemplos páginas 36-37), y se nos dicen cuáles eran las leyendas al pie de esas fotos y las dedicatorias (que se transcriben como una forma de información dirigida a los lectores):

«A Juan Carlos, más que un amigo un hermano, Pancho» (página 37).

Léase, por ejemplo, esta descripción de una foto, que suponemos es la visión de la misma contemplada por el narrador, que a su vez nos trasmite dicha información a nosotros que leemos:

con fondo de sierras y álamos, arropado con un poncho, el pulóver colocado bajo los anchos pantalones blancos de cintura alta hasta el diafragma, el joven de pelo castaño claro, más delgado pero con la tez bronceada por el sol y su sonrisa característica, y dedicatoria «Con el cariño de siempre a mi vieja y hermanita, Juan Carlos, Cosquín 1937», (página 38)

En esa misma entrega, página 39, el narrador-descriptor, nos informa:

Dormitorio de señorita, año 1937.

Entrando a la derecha una cama de plaza y media, con la cabecera pegada a la pared y encima un crucifijo con la cruz de madera y el Cristo de bronce. A la izquierda de la cama una pequeña biblioteca de cuatro estantes cargados de libros de texto forrados con papel marrón y etiquetados. «María Mabel Sáenz —Colegio Nuestra Señora del Pilar— Buenos Aires»...

prosigue la descripción del dormitorio y el narrador —que evidentemente todo lo sabe y todo puede leerlo y escudriñar, penetra en el ropero:

Escondido entre sábanas de hilo bordadas: un forro de bolsa de agua caliente de lana floreada y bordes de puntilla. Adentro del forro dos libros científicos titulados «Educación para el matrimonio» y «La verdad sobre el amor». Entre dichos libros una fotografía donde con otros jóvenes se ve una pareja sentada junto a un mantel de pic-nic, ella con aire ausente y él apuntando a un plato con un tenedor. Detrás